

CAPÍTULO I

ESPAÑA Y AMÉRICA EN EL SIGLO XVIII

A finales del Renacimiento los países europeos de la vertiente atlántica tuvieron una oportunidad que ha condicionado el desarrollo de la historia universal hasta nuestros días. Se configuran como los primeros estados modernos contemporáneos que abren nuevas rutas comerciales por el Atlántico y el Pacífico. Las ideas y la civilización europea se extienden por todo el mundo. Podemos decir que aparece la primera etapa de lo que hoy día se denomina globalización. El primer país que se lanza a la exploración de nuevos mundos de una manera decidida es Portugal. El príncipe Enrique el Navegante planifica sistemáticamente los viajes de exploración a través de las costas africanas. El descubrimiento y primera colonización americana corresponde a España, tras los cuatro viajes de Cristóbal Colón en su búsqueda por el oeste de la ruta hacia China y Japón. A los países ibéricos siguen Francia, Gran Bretaña y Holanda. Todos ellos crearon una serie de imperios coloniales que se ex-

tendieron por todos los continentes. Cada uno de estos imperios tuvo sus épocas de avance y de retroceso. En el siglo XVII Portugal se mantiene en sus posesiones, aunque cede territorios en África y en Extremo Oriente a Holanda, que se perfila como el estado que supera a todos en el comercio mundial con su dinámica y numerosa flota. Durante la segunda mitad de este siglo España entra en una crisis demográfica y económica profunda dentro de sus propias fronteras europeas. Sin embargo, el impacto de esta decadencia tan grave no acarrea consecuencias importantes en el mantenimiento y conservación de sus posesiones americanas. Inglaterra disputa a los holandeses el dominio del mar y Francia avanza lentamente en la creación de su dominio colonial, ya que su atención prioritaria está en el continente europeo.

Durante el siglo XVIII el imperio americano español no sólo conservó la herencia de siglos anteriores sino que siguió aumentando en extensión y ampliando su esfera de influencia en el inmenso mundo americano tanto al norte de México como en los territorios de América del Sur. En realidad, tras el confinamiento de los británicos en la costa Este de América del Norte y la expulsión de los franceses de Luisiana y Canadá, repoblados con muy escasos colonos,¹ América parecía un continente de predominio netamente español en la segunda mitad del siglo. Ocupaba los territorios al oeste del río

1. A mediados del siglo XVIII se calcula que el número de colonos franceses no alcanzaba las cien mil personas desde los territorios de Canadá y el valle del Misisipí hasta Nueva Orleans, en el golfo de México.

Misisipí y exploraba la costa norte del Pacífico, donde tomaba contacto con los rusos procedentes de Alaska.² Con el final de la guerra de 1713, los ministros ilustrados españoles tomaron conciencia de la importancia del Nuevo Mundo como fundamento y existencia de la Corona española. Con unas fuerzas navales prácticamente inexistentes a finales del reinado de Carlos II en 1700, ¿podría España conservar lo que había creado durante los siglos anteriores al otro lado del Atlántico? Su aliada Francia había demostrado durante la denominada guerra de Sucesión un interés especial por América, y sus barcos habían frecuentado sin obstáculos las colonias españolas. Los consejeros de Luis XIV, el Rey Sol, pensaban en un fructífero condominio francoespañol en las denominadas Indias Occidentales, una especie de equilibrio colonial similar al equilibrio europeo consensuado entre las potencias europeas tras la paz de Utrecht, en 1713. La Francia de Luis XIV, con sus riquezas naturales y sus veinte millones de habitantes frente a los escasos siete millones de españoles, había desarrollado un imperio colonial mínimo. La plata del mar del Sur y los territorios al oeste de la región del Misisipí parecían presas fáciles para los audaces navegantes de Saint Malo, Burdeos y otros puertos de la costa atlántica.

¿Al gobierno de Francia le parecía factible, en tiempos del ministro Law, conquistar desde Luisiana parte

2. El punto máximo de la expansión española fue la construcción de un fuerte en la Columbia Británica, en Nootka, actual Canadá, en el estrecho de Juan de Fuca. Ante las protestas británicas se abandona en 1795.

de los territorios coloniales de España? En noviembre de 1720 un político español llega a comentar de manera pesimista y a escribir con evidente exageración lo siguiente: «Tendremos la desgracia de ver el reino de Nueva España (México) dividido y pasar bajo la dominación de los franceses, si Dios no pone remedio a ello».³ La Historia demostrará posteriormente que el peligro inglés, menor en apariencia por aquel entonces, era mucho más grave que el francés. En principio los británicos habían conseguido, en el Tratado de Utrecht de 1713, unas ventajas comerciales legales de indudable importancia. Con base en ellas, la poderosa compañía inglesa *South Sea Company* podía aprovechar fácilmente las ventajas del comercio lícito y del contrabando ilícito al margen de las leyes españolas.

Los acontecimientos históricos van a tomar en seguida un rumbo favorable a los intereses españoles. Las circunstancias se decantarán en unos pocos años a favor de la Corona de Felipe V. Para España nada se había perdido irremediamente. El gobierno del primer rey Borbón puso manos a la obra y se rodeó de unos funcionarios eficaces que consiguieron, en un breve período de tiempo, dar la vuelta a la situación. Obligada por la guerra,

3. La situación había llegado a tal extremo que el volumen oficial de productos españoles en el comercio colonial americano alcanzaba, a principios de siglo, el ridículo porcentaje del cuatro por ciento sobre el total de las ventas. Con Fernando VI, a mediados del XVIII, apenas sobrepasa el treinta por ciento. Habrá que esperar al Decreto de Libre Comercio de 1778, en tiempos de Carlos III, para que los productos españoles se acerquen al cuarenta por ciento del total. Según Gonzalo Anes, *La España de los Borbones*, Madrid, pág. 289.

la administración española se modernizó en todos los aspectos. Para ello el rey Felipe V tuvo la suerte de contar con unos excelentes funcionarios y gestores en los problemas del Estado. En sus relaciones con América durante la primera mitad del siglo, España se ve favorecida por excelentes marinos, entre los que destaca por méritos propios el almirante Blas de Lezo. Sin las victorias y capacidad de este marino excepcional los territorios americanos podían haberse perdido irremediablemente para su nación. El olvido de su persona no ha sido un caso singular en la historia española del siglo XVIII. Por suerte están apareciendo trabajos recientes de gran interés sobre personajes tan importantes como Jorge Juan y Antonio de Ulloa.⁴ Se han publicado hace poco unos comentarios a la expedición de Malaspina⁵ por el Pacífico en busca del paso del noroeste de América. Muchas otras publicaciones revisan la mediocre opinión sobre esta importante etapa del denominado Siglo de las Luces. Como ejemplo se puede citar un episodio muy poco conocido y de una gran trascendencia que llevó a cabo la administración colonial española: a poco de descubrirse la vacuna contra la viruela por el británico Edward Jenner, el médico alicantino doctor Balmis se anticipa a cualquier otro país en 1804 y lleva a buen término una extensa campaña de vacunación contra esta temible enfermedad por las dos Américas, Filipinas y China. Es el primer caso histórico de vacunación masiva en la histo-

4. E. Soler Pascual: *Viajes de Jorge Juan y Santacilia*. Barcelona, 2002.

5. J. De la Sota Rius: *Tras las huellas de Malaspina*. Barcelona, 2002.

ria de la humanidad. Habrá que esperar a las campañas generalizadas del siglo XX para encontrar un ejemplo semejante. Claro indicador de que en la administración española de sus colonias la parte positiva supera con mucho a las sombras que cierta propaganda histórica hasta nuestros días ha intentado con frecuencia destacar.⁶

6. A la llegada de los españoles cinco enfermedades contagiosas (la viruela, la gripe, el sarampión, la fiebre amarilla y el tifus) atacaron a la población aborígen americana, y provocaron una mortalidad espantosa. Los indios americanos, en contraste con las poblaciones europeas, carecían de la fortaleza y de los anticuerpos naturales necesarios para resistir. En contra de una opinión bastante extendida sobre la responsabilidad asesina de los colonos en el descenso de la población indígena, podemos citar en su favor al propio Bartolomé de Las Casas, que en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, comenta: «[los indios] son las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complexión y que menos pueden sufrir trabajos y que más fácilmente mueren de enfermedad [...] su comida es tal que la de los Santos Padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre». La desnutrición debía de ser general entre muchos pueblos aborígenes americanos. El explorador Cabeza de Vaca escribe sobre los indios de Florida: «[...] encontraron indios muy enfermos, flacos e hinchados» (síntomas semejantes a los de algunas poblaciones africanas actuales con enfermedades cardíacas, renales y hepáticas). La gripe fue la primera epidemia en aparecer tras el segundo viaje de Colón. Ocho cerdas

Además de los nombres citados, muchos otros personajes destacan en el Siglo de las Luces por sus expediciones, estudios científicos o valor en el combate. No podemos dejar de citar los nombres de Gaztañeta, Luis Vicente Velasco, el malogrado Churruca, el almirante Gravina, los hermanos Elhuyar...

contagiadas en las Islas Canarias fueron las portadoras de la enfermedad. Por su causa fallecieron más de un tercio de los españoles, y según los cronistas, cuando se extiende por México «de seis partes de los indios murieron cinco». La viruela, enfermedad infecciosa conocida desde tiempos remotos, se mantuvo durante siglos como una de las peores plagas que ha sufrido la Humanidad. Fallecían a finales del siglo XVIII en Europa unas cuatrocientas mil personas al año, con la terrible secuela de que un tercio de los supervivientes sufrían ceguera. Carlos IV, que había perdido un hijo a causa de la viruela, se interesó por la expedición. Francisco Javier de Balmis y José Salvany zarparon en la corbeta «María Pita» de La Coruña el 30 de noviembre de 1803, con veintidós niños de la Casa de Expósitos de la misma ciudad. A lo largo de la travesía la vacuna se iba inoculando de brazo a brazo entre los niños. El suero de la vacuna se guardaba dentro de una caja entre placas de vidrio sellado. Balmis y Salvany portaban consigo miles de ejemplares de un pequeño tratado en el cual se explicaba la aplicación correcta de la vacuna y el modo de conservar el suero. Fue el primer manual de vacunas del que se dispuso en el mundo. Se puede ampliar esta cuestión con el libro de Susana Ramírez *La Real Expedición filantrópica de la vacuna*. Madrid, 2004.